

Proximidades de Tierra Adentro. Escuchar y hablar en *Una excursión a los indios ranqueles*

Inés de Mendonça¹

Resumen

Una excursión a los indios ranqueles es el relato de un viaje a lo desconocido y presumiblemente hostil. Una “excursión” que se dirige no tanto hacia un lugar como hacia un colectivo: “a los indios ranqueles”; pero también es la inscripción autobiográfica del autor en una voz narradora que exhibe las ambigüedades de su identidad. Nos interesa rastrear las modulaciones de esa voz y su encuentro con otras, así como los diseños proxémicos que dibuja este cuerpo (representado en la escritura) en los espacios descriptos y atravesados, en las instancias conversacionales y en las imaginaciones colectivas que propone.

Palabras clave

Literatura Argentina - siglo XIX- voces – cuerpo - Lucio V. Mansilla – fogón – autobiografía

Abstract

A visit to the ranquel Indians is the story of a journey into the unknown and presumably hostile. A "trip" that goes not so much to a place but to a collective: "to the ranquel Indians"; but also is the autobiographical inscription from the author into a narrator voice that exhibits the ambiguities of its identity. We want to trace the modulations of that voice and his encounter with others, as well as the proxemics designs that draws this body (represented in writing) in the spaces crossed and described, in conversational instances and the collective imaginations proposed.

Key words

Argentine Literature – XIX Century – voices – body – Lucio V. Mansilla – Campfire -Autobiography

1. La voz de la experiencia

Una excursión a los indios ranqueles es en primer lugar el relato de un viaje a lo desconocido y presumiblemente hostil.^{2,3} Una “excursión”, como nos informa el título, que se dirige no tanto hacia un lugar como hacia un colectivo: “a los indios ranqueles”. Como es sabido, se trata de un texto que Mansilla publica periódicamente y por entregas en el diario *La Tribuna* y, a pesar de referir una travesía que duró 18 días, se transformó en una publicación de varios meses (de mayo a septiembre de 1870) que hacia finales de ese

¹ Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires, docente en la materia “Literatura Argentina I B” y doctoranda de la misma universidad. Es becaria de CONICET. Investiga sobre literatura argentina del siglo XIX, en particular sobre el fin de siglo en Buenos Aires. Ha publicado artículos y ponencias sobre estos temas en libros y revistas especializadas y actas de congresos. Es miembro del consejo editorial de la revista electrónica *El interpretador. Arte, literatura y pensamiento*. Forma parte del Instituto de Literatura Hispanoamericana. Ha recibido becas de la Agencia de Ciencia y Técnica y del Fondo Nacional de las Artes. Contacto: inesdm@gmail.com

² De aquí en más lo mencionaremos como *Ranqueles*.

³ La hostilidad presumible en el espacio posterior a la frontera tiene, para cuando se publica la *Excursión...* una tradición ya consolidada en la literatura argentina y es parte del intertexto explícito y connotado con el que trabaja el texto. Las reversiones, menciones y críticas a *La Cautiva* de Esteban Echeverría son un ejemplo y, por supuesto, el dialogo y debate con la propuesta geográfico-política que D. F. Sarmiento generó en su biografía de Facundo Quiroga.

mismo año fue publicado en forma de libro.⁴ Sin adentrarnos en un análisis específico del folletín, en *Ranqueles* interesa reconocer el impacto de la detención en la narración del viaje, la búsqueda de continuidad y la necesidad del efecto de suspenso que genera el corte y el relato de un suceso incompleto. Y cómo ese formato de publicación implica un modo y ciertas características observables en la escritura. No se trata, sin embargo, de un clásico relato de viajes que recurre a la técnica folletinesca del corte en las aventuras, la emoción hacia el final del capítulo y la búsqueda de resolución en la entrega siguiente. Y si algo de eso hay, ciertamente eso no es todo lo que hay.

Esta excursión a “tierra adentro” es también una presentación y una indagación de un sujeto sobre sí mismo, de sus ideas políticas, de sus puntos de vista y de sus experiencias pasadas. Un yo que se textualiza en una voz narradora que pretende dar cuenta de una experiencia. Esta fuerte impronta autobiográfica comparte con otras textualidades de la última mitad del siglo XIX la “práctica del viaje tierra adentro con otra práctica que tejía la raigambre de la intemperie pero también de la introspección: la práctica de la escritura” (Torre 2010: 11). Intentaremos en este trabajo esbozar una respuesta posible a la pregunta por la identidad que en el comienzo de *Ranqueles* refiriéndose al personaje narrador aparece enunciada como: “¿y, porque al fin ese mozo quién es?”.

El relato se sostiene en un yo con nombre, nombre de autor en la firma del texto y nombre de personaje que se cuenta a sí mismo. Pero sobre todo, un yo que se propone como garante de veracidad: lo que cuenta, aun en sus versiones maravillosas, en sus ensoñaciones o en sus dudas se presenta como veraz porque se ha estado allí.

La tensión entre ese nombre propio y las instituciones del Estado moderno es central en el interior de todas estas obras [...] La dimensión autobiográfica de estos escritos permite recuperar una complejidad porque es en el cruce entre la demanda del Estado y la respuesta personal y experiencial a esa demanda, precisamente en ese contrato, donde se juega la escritura. (Torre 2010: 26)

Esa posición gramatical y textual sugiere o evoca la posibilidad de un cuerpo con el que estar vinculada y, por ende, tal vez la inscripción de una subjetividad. Por eso lo que se presenta en un texto con esta fuerza experiencial más que un nombre es una “voz”. La noción de “voz” que proponemos insinúa la ilusión de la presencia pero la elude; señala a ese cuerpo-sustento del yo, ya no como referencia sino como evocación (simultáneamente resto y producción). Nos interesa rastrear las modulaciones de esa voz y su encuentro con otras, así como los diseños proxémicos que dibuja este cuerpo representado en la escritura. Se trata de los rasgos que contribuyen a la identificación identitaria de un discurso y al cuerpo *enunciante* con el que se relaciona históricamente un determinado enunciado; lo que D. Maingueneau (1996) analiza en términos de “ethos”.⁵

Podríamos objetar que toda escritura del yo juega con esta evocación o señalamiento del cuerpo. En términos generales, es la lengua la que permite el tropo de la

⁴ El texto de la *Excursión a los Indios Ranqueles* fue publicado en 100 días de entregas a modo de folletín en el periódico –que conforman las 68 cartas de lo que más tarde fuera el libro– en *La Tribuna* (Año XVIII, no. 5876) a partir del viernes 20 de mayo de 1870. El viaje había partido de Fuerte Sarmiento el 20 de marzo.

⁵ Como plantea Maingueneau (1996): “No es posible reducir la problemática de la voz a la oralidad en el sentido trivial del término, es decir, a los enunciados transmitidos al oído mediante las ondas sonoras; tampoco se puede aislar la cuestión de la voz de la representación del cuerpo que le está asociada”.

prosopopeya en el pronombre “yo” (como ha analizado agudamente Paul de Man (1991) en su estudio sobre el género autobiográfico). E incluso podríamos extremar esta lectura y pensar en la lengua entera como una gran prosopopeya: signos que otorgan animación a entidades no presentes o “muertas”. Pero la relación entre la presencia y la ausencia como vínculo cierto con la veracidad de una voz ha sido (y seguirá siendo) largamente discutida. Valga señalar como diferencia que, en este relato, es el yo textual el que plantea el juego entre estar y no estar, decir y no decir, y, sobre todo, vincular una voz, un tono y su discurso a un cuerpo en acción. Las otras voces que se oyen y miran en este texto –tanto en su nivel representacional como tipográfico-espacial– también se presentan en una relación estrecha a gestos, movimientos y recorridos.

Lejos de ser una propuesta o juego inocente a nivel mimético, *Una excursión a los indios ranqueles* abisma la relación entre el yo y el espacio vital, entre el contar y la experiencia. En su compleja distribución diegética y extradiegética el yo puede estar conversando en un fogón en tierra ranquelina y en el Club del Progreso al mismo tiempo (y en la misma página). Esos saltos o errores en la continuidad refuerzan la autoridad enunciativa del yo, conduciendo al menos dos conversaciones simultáneas. El *causeur* atrapa y atrae a su alrededor a la tropa y a los lectores; y tiene las competencias lingüístico culturales necesarias para cambiar el código y adecuarlo al entorno.

Esa capacidad es, generalmente, propiedad del lenguaraz (intérprete), del que conecta dos mundos, y representa un ideal del viajero experimentado. Esta plasticidad comunicativa es una de las habilidades más valoradas para sí y para los demás, no por nada, Mansilla (1894) acusará en una virulenta estampa necrológica a Sarmiento como aquel que “no poseía las lenguas de contacto”.

Hay dos entornos y dos códigos en los que el personaje Mansilla se maneja cómodamente: el coronel con su tropa, y el gentleman en el club. Ambas son escenografías que proponen espacios de conversación y que validan la vocalidad de la escritura en el folletín.⁶ Estas dos discursividades y espacios se cruzan en una tercera dimensión (que es, por otro lado, contenedora y constitutiva de toda su escritura) que es la charla mediatizada con los lectores del periódico. De este modo, el público del folletín puede asumir las dos posiciones de escucha, incorporándose a la marcha militar o identificándose con el tono amistoso de los pares (duplicados y sintetizados en el personaje del destinatario explícito, el “querido amigo, Santiago Arcos”).⁷

No hemos mencionado todavía, la posibilidad de incorporación de las voces ranquelinas en la identificación con el lector y en la dúctil labor del coronel intérprete. ¿Qué sucede con las voces que se encuentran –que se van a buscar– en Tierra Adentro?

2. Acercarse a lo múltiple: curiosidad y utilidad

⁶ Sigo también en esta denominación a la propuesta de Maingueneau (1996), en tanto la escenografía es una inscripción (-grafía) de la escena que valida y genera, paradójicamente, al ethos del discurso.

⁷ La identificación de ese público con el grupo efectivo de amigos del autor (los socios del club y los nombres listados en las dedicatorias y menciones de las entregas) que ha analizado David Viñas (1966) para las *causeeries* (pero que extiende a la obra general de Mansilla) no alcanzan, según mi criterio, para igualar el nivel discursivo potencial de la circulación pública que tiene el texto en tanto material del periódico y que, de hecho, atestigua nuestra lectura actual.

El texto oscila, e incluso superpone dos grandes líneas narrativas y estéticas: una tendencia al humor y al juego, más cercana al goce del viajero (un *tourist* en la denominación del propio texto), pero también otra que intenta posturas políticas críticas, denuncia errores militares y estratégicos del gobierno y brinda consejos o apreciaciones morales a sus interlocutores (personajes que se encuentra en el camino y lectores reciben por igual esas máximas que le gusta atesorar a un Mansilla aforístico). En la primera tiende a borronearse la posición jerárquica, en la otra se sostiene.

La hipótesis de David Viñas al señalar a Mansilla como arquetipo del *gentleman militar* es que la lectura posterior del texto y, en particular “el discurso literario administrativo de la Argentina” (Viñas 2003: 159) produjo un borramiento de los aspectos conflictivos en la obra rescatando esa colección de pequeñas historias a la que denomina como “biografismo de minucias”. El “desplazamiento neutralizador” de los componentes más virulentos del texto, dice Viñas, ha logrado convertir a *Ranqueles* en un libro ameno e infantil y a su narrador en una suerte de “Viejo Vizcacha, dicharachero y seductor” (161). Sin embargo, al recuperar la dimensión completa y contradictoria de la multiplicidad de voces en el texto (y las dos líneas estéticas que señalábamos), la habilidad detallista de Mansilla y su manejo de la movilidad en el espacio concentra un aspecto político que se constituye en ambas dimensiones, intrincadas y dependientes. Ya no interesa cuál funciona mejor o si una borra a la otra, si la jerarquía se suspende o se afirma, si los indios son amigos o enemigos sino la continuidad contradictoria a veces, compleja siempre, de las diversas aproximaciones. El éxito literario, la felicidad de su escritura, consiste en esa oscilación que evita figuraciones maniqueas.

¿Cómo se inscribe, entonces, la fascinación por el *bárbaro*?⁸ Ese ir hacia el otro que, lejos de constituir una frase vacía, insta una dirección y un mandato que funciona como motor narrativo. Es en esa dirección donde el narrador expedicionario se encuentra con formas nuevas.⁹ La voluntad de conocer al otro implica un cambio de posición riesgoso (un riesgo de pérdida –la muerte por ejemplo– que, de hecho, le costará una sanción disciplinaria al coronel Mansilla¹⁰) y es impulso para el viaje así como justificativo legitimante para la escritura. “Los lectores no conocen nada de tierra adentro, amigo Santiago” le dice Mansilla a su destinatario explícito. Parte del juego de conocer-desconocer es lo que el autor va a explicitar en los motivos de su aventura literaria, apelando a la curiosidad por lo distinto.¹¹

⁸ En la medida en que podemos leer este texto también como una rescritura de *Facundo*, será interesante confrontar cómo se da esa fascinación por el otro en uno y otro caso. No para hacer una cuestión meramente opositiva sino para ver opciones de escritura. Tal vez en los títulos y en el modo de construir personajes encontremos una clave. Por supuesto, la idea del “grande hombre”, que no es pertinente en este ramillete de historias que es *Ranqueles*. La elección de contar la historia en el relato de un hombre significativo dista mucho de la selección de pequeñas historias y de la apreciación colectiva de un grupo. Aunque hay relatos incrustados en *Facundo* (como analiza C. Iglesia [2003b] en su artículo “La ley de la frontera. Biografías de pasaje en el *Facundo* de Sarmiento” que podrían leerse en serie con *Ranqueles*) no es lo preponderante en el libro.

⁹ Las “formas” a las que nos referimos incluyen a los sujetos como objetos de conocimiento y fascinación del viajero pero también a las geografías, costumbres, sonidos, sabores, ensoñaciones y, en términos generales, la ampliación perceptiva que produce en el narrador la experiencia del viaje.

¹⁰ Riesgos y obstáculos: miedos que se cuentan. Riesgo de perderse, de perder el decoro, de perder la jerarquía, de excederse, de salirse del camino, de no llegar, de aburrir al lector.

¹¹ Cristina Iglesia (2002) llamó a este descubrimiento de ofrecer un espacio desconocido pero próximo a los lectores, “el exotismo cercano” y puede leerse en serie con el aumento del público lector en Buenos Aires,

Preguntadle dónde queda el Río Chalileo o el cerro Nevado, y ya veréis qué sabe el respetable público sobre las cosas que pueden interesarle mañana, distraído como vive por las cosas de actualidad.

Hasta cierto punto yo le hallo razón. ¿No paga su dinero para que cotidianamente le den noticias de las cinco partes del mundo, le enteren de la política internacional de las naciones, le tengan al cabo de los descubrimientos científicos, de los progresos del vapor, de la electricidad y de la pesca de la ballena? (*Ranqueles*, cap. IV)

En la satisfacción de esa curiosidad se sostiene, en parte, la lectura de todo relato de viajes y es constitutiva de la serie de textos que se adentraron en los territorios ajenos pero próximos al colectivo “nacional”. Una exterioridad en el territorio interior. Esta voluntad de acercamiento moviliza intereses militares pero también un deseo subjetivo de búsqueda de lo distinto, e incluso, un gesto *esnob* hacia la novedad. En su estudio sobre el viaje como *topoi* de la literatura y el pensamiento occidental, Van den Abeele (1996) señala esta tendencia a lo banal del viaje como motivo cultural. Pero esa banalidad no le quita la posibilidad liberadora que “abre nuevos horizontes” y que, paradójicamente, implica esa posible pérdida que mencionábamos antes.¹²

Es el funcionamiento de una mirada turística, del dandy que “ya está de vuelta”, que ya lo ha visitado todo y que se arriesga. Como bien analiza Viñas (1966), Mansilla ya ha pasado por una experiencia consumidora en Europa y Asia en su viaje como heredero que va a disfrutar y liquidar la herencia paterna. Esa postura entre investigadora y superada que va en busca de lo exótico moviliza al narrador a incorporar detalles y anécdotas para seducir a su interlocutor suponiendo lo que puede interesarle. En la imposibilidad de esa constatación vuelve al sí mismo como punto de referencia de la curiosidad y medida. Pero este no es el único dispositivo para percibir y apropiarse del territorio que arma el texto ni el único modo de la curiosidad.

3. Conocer es escuchar

El problema del conocimiento, empero, plantea cuáles son los modos de adquisición y reconocimiento del saber. Si en *Facundo*, como dice Ricardo Piglia (1980), “conocer es comparar”, en *Ranqueles*, conocer es recorrer, avanzar, percibir y, especialmente, escuchar. Tal vez se trate de un esfuerzo logrado en la escritura por mostrar el viaje como espacio de transformación. Transformar al indio en un sujeto a conocer y escuchar no es la propuesta más esperable en el horizonte de expectativas contemporáneas ni en la tradición romántica

ávido de historias y personajes nuevos. Sobre las modificaciones en el público hacia el fin de siglo XIX véase la obra clásica de Adolfo Prieto sobre la literatura criollista (2006).

¹² “Casi todas las nociones más preciadas de Occidente apelan al motivo del viaje: el progreso, la búsqueda del conocimiento, la libertad como libertad de circular, la autoconciencia como una empresa odisea, la salvación como destino a alcanzar siguiendo un camino prescripto (típicamente derecho y angosto). Sin embargo, si hay una inversión cultural tan grande en el viaje, ese lugar de inversión es no obstante aquel cuya posibilidad de apropiación también implica la amenaza de una expropiación. El viaje pone en peligro esos valores culturales en la misma medida en que supone que los garantiza: algo siempre puede salir mal. El “lugar” del viaje no puede ser un lugar estable.” Van den Abeele (1992).

de representación del desierto.¹³ Es necesario conocer más del otro, como en todo relato de avance sobre un territorio, para dominarlo pero también como posibilidad de cuestionamiento y conocimiento del sí mismo. No se va al espacio del otro para confirmar las hipótesis previas, se permite descubrir emociones, sensaciones y saberes nuevos y, para ello, la presencia de la corporalidad, situada, histórica y sugerida en la inscripción del yo, implica un compromiso *vital* con la narración.

Volvamos, entonces, al texto y situemos la propuesta enunciativa. Estamos en 1870, en un fortín fronterizo, a punto de adentrarnos en Tierra Adentro. Diecinueve expedicionarios se dirigen a las tolderías del cacique Mariano Rozas en una misión diplomático militar para resolver una cuestión de límites, para lo cual deben internarse en un terreno desconocido (topográficamente hablando) y en un territorio (político) enemigo. Esa es la situación de partida que plantea el narrador para relatar su experiencia aunque, estrictamente, el texto comienza con un guiño que luego será un clásico del estilo mansillesco y que manifiesta la superposición de niveles y vaivenes narrativos antes mencionados. Se explicita la dedicatoria a su amigo Santiago Arcos y la referencia a una apuesta ganada: haber sido el primero de los dos en comer una tortilla de avestruz en Nahuel Mapo. Entonces, en esa veleidad cosmopolita que presenta el yo viajero respecto de sí —ese gourmet experimentado que bien puede comer trufas en París como una tortilla de huevos de avestruz en la pampa— hay un gesto, una inscripción escrita que se vuelve política.

Jens Andermann menciona la liminaridad de este texto, su carácter de utopía final, en un momento en que la imaginación territorial de la nación aun no ha consolidado límites pero ha comenzado a ingresar “otros” sujetos en la representación colectiva. El “utopismo final” de Mansilla propone la incorporación de nuevos sujetos políticos acordando y estableciendo (en un pacto validado en su doble legalidad oral, en la junta ranquel, y escrita, en las formas oficiales del coronel del ejército) una “refundación simbólica de la nación en sus confines”. Es en este espacio del confín, más allá de la frontera, donde puede intentarse un modelo nuevo que amplía el mapa territorial y cultural de la comunidad imaginada para la nación, “allí donde la patria es más auténtica y joven” (Andermann 2000; 119).

La adjetivación nacional para el sintagma “indios argentinos” con el que sostiene el coronel Mansilla su argumentación final (para firmar el tratado de paz en que expropia nuevos territorios) llega a su expresión más extrema en la propuesta de un linaje común. Un linaje de padres blancos y madres indias, una identidad compartida que guarda, como es de esperar, una posición subalterna para los indios que se sumen al proyecto enunciado por el coronel. “¿No es verdad que somos argentinos? [...] Pues yo también soy indio o qué creen ¿qué soy gringo?”, interpela el narrador a sus interlocutores en la agitada junta final. La identidad se propone común y diversa, tolerando la mezcla, siempre y cuando se ingrese en los límites propuestos como mano de obra subalterna y en un colectivo *criollo-nativo* que anticipa la conjura contra el inmigrante europeo (ya presente, por ejemplo, en otro célebre relato de frontera contemporáneo a *Ranqueles: El gaucho Martín Fierro* [1872]). La *argentinidad* común de todas las voces oídas y escritas en este relato y la proximidad de estas en un contacto que llega hasta el cuerpo a cuerpo se superpone con la multiplicidad de

¹³ Respecto del término “indio”, uso la denominación propia de los textos del siglo XIX y de éste en particular.

orígenes, relatos y legalidades. La ambigüedad circula en sus apreciaciones respecto de los indios pero también en sus actitudes hacia el público lector, también circulan las identidades ambiguas con las que se va “topando” y, por supuesto, la propia subjetividad oscilante del narrador que se permite extrañar su perspectiva (agachándose a mirar entre las piernas) para ver de otro modo el territorio de la Guerra del Paraguay, que se despierta en un fogón donde los cuerpos se superponen sin recordar lo acontecido la noche anterior o que sueña con ser emperador de los ranqueles.

Encontrarse con otras vidas y contarlas puede ser una de las formas de entender este texto por eso en una narración que prometía dedicarse a los Ranqueles encontramos, en realidad, casi tantos gauchos y otras formas del mestizaje como indios (indios gauchos, gauchos indios, cautivos, refugiados políticos, mestizos, soldados, chinas, cautivas).

4. Hacerse baqueano para contar, describir y mapear el territorio

A partir de una perspectiva que podemos llamar etnográfica el narrador va a buscar esas historias y, explícitamente, “estudiar sus usos y costumbres, necesidades, ideas, religión, su lengua”. Álvaro Fernández Bravo (1999) propone para su estudio de la frontera en la literatura argentina que la etnografía es la *escritura de las etnias en el cuerpo de la nación*, considerándola una ciencia que traduce y transcribe a diferencia de la antropología, que sería una disciplina de las teorías generales. Más allá de la exactitud epistemológica de esta distinción, considero que Mansilla realiza una mirada etnográfica inscribiendo una grafía traductora que transpone e imita palabras, sistemas semióticos y gestualidades. Da indicaciones y renombra lugares, por ejemplo “Ramada Nueva” (Trapalcó) que quiere decir “agua de totora”. La operación es, tal vez, un movimiento de todo el libro: sobrescribe lo existente pero menciona lo anterior en lengua ranquelina y, además, aporta su traducción explicando la morfología de la palabra. *Trapal* es totora, *Co*, agua. El texto sobrescribe pero no borra, acota y conserva el significado originario.

Es interesante que esta mirada y conocimiento etnográfico coinciden con el que Mansilla encuentra, del otro lado de la frontera, en Mariano Rosas. En la mención a esta capacidad, el texto enuncia una inversión significativa que constituye una de las críticas fuertes a su propia clase, el cacique parece haber hecho lo que el ejército, el Estado y en términos generales, el discurso “cristiano” aun está por hacer. “*Mariano Rosas, señala, ha estudiado bastante el corazón humano, conoce a fondo las inclinaciones y gustos de los cristianos*”. Y no solo el cacique tiene información sobre sus vecinos los cristianos, también Baigorrita posee un secretario que lee y escribe –San Martín, “un roto chileno”- que le sirve para decodificar y aprender.

Calculá si ellos conocerán bien a los cristianos, sus ideas, sus tendencias, sus proyectos futuros, teniendo a su lado secretarios, lenguaraces, amigos íntimos por el estilo del que te acabo de bosquejar. Aquel mundo es realmente digno de estudio. (Ranqueles, Capítulo XLV, la cursiva es mía)

Por eso, entre otras cosas, *Ranqueles* se presenta como texto necesario y su narrador como el autor-viajero que debe reponer ese vacío cognoscitivo que implica la cultura ranquel y que coloca en una posición de inferioridad al expedicionario.

Una tercera perspectiva, también enunciada desde el principio como motivo del viaje y la escritura, desplaza la curiosidad turística y etnográfica, e instaura la funcionalidad. Se trata de la mirada y accionar militar que inspecciona y releva el terreno por “donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas” y que menciona el avance que se ha producido como conquista de “muchas miles de leguas cuadradas de tierra” para la cría de ganado. El tipo de pulsión catalogadora que manifiesta el etnógrafo en su deseo de adentrarse en el saber del otro se complementa con el “catastro” topográfico militar. El narrador reivindica la necesidad del conocimiento acumulado y formalizado para el ejército, la necesidad de no depender de “un pobre paisano que [...] no le sugerirá pensamiento estratégico”. El militar de rango debe volverse él mismo un baqueano. El espacio será cuantificado en la enumeración: pastos y fuentes de agua que pudieran generar riqueza, valor, utilidad. Simultáneamente, el croquis topográfico realizado a la vuelta del viaje, es uno de los resultados que primero se mencionan en el texto para ser ofrecido “a la industria rural”. Todo esto lo explica el narrador en las primeras cartas y, de algún modo, no deberíamos olvidarlo cuando nos fascinamos con sus juegos y su ambivalencia. Habitualmente no esperaríamos un saber dubitativo en un texto que se propone estas “conquistas”. Es en esta tensión de ambigüedades que se juega la riqueza del texto y la experiencia del lector.

Los tres dispositivos para visualizar, aprehender y representar el territorio que mencionamos aparecen conjuntamente y son solidarios entre sí. Para lograr el goce del turista y la acumulación de saber etnográfico y militar –incluyendo lo topográfico pero también lo diplomático y estratégico– el texto propone la necesidad proxémica de la inmersión. De este modo, aquello que se ofrece en la escritura se sustenta en la acumulación de la experiencia. Dice el narrador:

No hay un arroyo, un manantial, no hay una laguna, no hay un monte, no hay un médano donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posición aproximada (*Ranqueles*; cap. I)

No es que estas miradas no estuvieran presentes en la literatura argentina, de hecho, en aquello que Adolfo Prieto (1996) ha estudiado como red previa e influyente en la emergencia de la literatura nacional que son los relatos de los viajeros europeos al Río de la Plata ya había un cruce de miradas y poéticas entre lo utilitario y lo subjetivo de matriz humboldtiana, que incorporaba el goce por la experiencia misma. Pero este texto de Mansilla tal vez tenga como innovación la construcción de un sujeto de la enunciación que condensa esas miradas, complejizándolas sin abandonar las perspectivas y que utiliza una matriz genérica flexible que le permite combinarlas y excederlas. Nos referimos a la dimensión marco que mencionamos anteriormente como condición de posibilidad de las distintas posiciones del charlista y el militar: la posición y la escritura de un cronista. Es en la forma de crónicas que pretenden ser cartas, o cartas que se saben crónicas para la prensa, donde el “yo” aventurero y narrador puede experimentar y hacer ingresar sus diversos intereses.

5. Experimentar con los sentidos

“Solo en la práctica se comprende...”

Una excursión a los indios ranqueles cap. IV

“Cuando [Mora] vacila (respecto de dónde está) se apea, arranca un puñado de pasto, lo prueba y sabe dónde está. Conoce los vientos por el olor.”

Una excursión a los indios ranqueles cap. XLII

Parafraseando a Barthes, este texto construye la ilusión de lo real en su pretensión de verosimilitud detallista. Propone un régimen de representación que excede lo visual. Para (re) producir la experiencia en el lector inscribir la percepción requerirá no solo sostenerse en la mirada, sino en lo que se oye, en lo que se degusta, en lo que se toca. Aquello que se va descubriendo a través de la visión del nuevo territorio se complejiza con la aparición de lo sonoro y, más aun, con el registro kinestésico de la experiencia corporal en el territorio. Entre la configuración romántica del desierto como vacío (de sentido) que sintetiza esa vista distante e incierta del horizonte de la Pampa propuesta en el capítulo II del *Facundo* en la que se ve la nada¹⁴ y este “ir a ver”, en el sentido de introducirse corporalmente en el territorio hay una diferencia significativa respecto de la concepción de la *territorialidad nacional*.

Mansilla observa y nos muestra muchas cosas en ese más allá de la frontera. En el capítulo XX, al divisar Leubucó, se nos ofrece una descripción de las rutas que atraviesan el “supuesto desierto” y la sensación de movimiento sorpresivo que enfrenta el viajero contradice aquella imagen “vaporosa” e “indefinida” con la aparición de sujetos que modifican el paisaje con sus trayectorias y lo alejan de aquel estatismo ensoñado. La pampa de *Ranqueles* no es un lugar vacío, es en términos de De Certeau (1980) un espacio transitado.

El camino de Calcumuleu a Leubucó corría en línea paralela con el bosque que teníamos hacia el naciente buscando una abra, que formaba una gran ensenada. De trecho en trecho se bifurcaba, saliendo ramales de rastrilladas para las diversas tolderías. *Reinaba mucho movimiento en el desierto. De todos lados asomaban indios... (Ranqueles, cap. XX)*

En lugar de encontrarse con la “nada”, el “desierto” que conoce Mansilla está lleno de movimiento. Tiene prácticas, formas y tradiciones propias. Sobre todo, hay gente que pasa de un lado al otro, como bien nos informa el relato de Miguelito, un “no cautivo” blanco escapado de la justicia que elige esconderse en Tierra Adentro: “las fronteras no tienen puertas”. Ya volveremos sobre este punto pero señalemos que “los Ranqueles” hacia los que llega la excursión incluyen en su comunidad a refugiados políticos como Miguelito, Camargo o el negro del acordeón, “fracasados” como el Dr. Macías –quien mantiene un estatuto extraño de servicio y protección con la corte de Leubucó- indios blancos, indios gauchos y otras denominaciones mixturadas. Está cruzado por caminos y por discursos, orales y escritos, de distintas voces. En los polos más extremos de las voces que Mansilla

¹⁴ “¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver...no ver nada; porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, mas lo fascina, lo confunde, y lo sume en la contemplación y la duda?”. Sarmiento, D. F. *Facundo*, [1845]

nos hace oír aparecen, por ejemplo, la voz escrita de la prensa de Buenos Aires, leída y relatada por Mariano Rosas al quejarse con Mansilla de las intenciones ocultas de su viaje y la voz de Chañilao, que también se llama Manuel Alfonso, un gaucho célebre, cordobés que ha decidido vivir entre los indios. Es lo que Mansilla llama un “gaucho neto”, un fronterizo irreductible, a quien describe prácticamente como un nihilista. Entonces, la voz de la civilización leída y procesada por Mariano Rosas y la voz de la barbarie electiva en el gaucho-indio Chañilao.

Hay un capítulo muy interesante para observar los modos de transitar este territorio y este terreno (lo topográfico en sí, sus modulaciones, sus obstáculos) en el que aparecen las definiciones de rastrillada y bagual (véase Iglesia 2003a) y se incorpora la denominación local para dar indicaciones respecto de una localización (arriba y abajo en lugar de los puntos cardinales oeste y este) remitiendo a la sensación física respecto del espacio que, efectivamente, sube hacia la cordillera y baja hacia la pampa.

Y, luego, en el capítulo XX, mientras la comitiva cambia de caballos y aparece un nuevo grupo de indios, otra denominación refuerza la representación territorial no cartográfica sino kinestésica. Dice el texto: “llegaron varios indios del norte, *de afuera*, como dicen ellos. Nosotros le llamamos así al sur.” Entonces, la mirada óptica que se vuelve háptica /táctil requiere de la percepción del cuerpo para permitir hacer sentido al sistema nominativo: arriba, abajo, afuera, adentro. “Solo en la práctica se comprende la ventaja de la sustitución” dirá el narrador de su aprendizaje. Los diseños coreográficos a los que son sometidos los viajeros para atravesar las complejas instancias diplomáticas ranquelinas demoran el avance y generan detención reforzando el registro de lo corporal en la figuración espacial.

6. Perder el sentido

“De vez en cuando llegaban a mis oídos estos ecos: "Ese coronel Mansilla muy toro; ese coronel Mansilla cargando; ese coronel Mansilla lindo".

Y esto diciendo, un sinnúmero de curiosos se acercaban a mí, hasta estrecharme y no dejarme mover del sitio. Mirábanme de arriba abajo... [...]

Y después de mirarme, bien, me decían alargándome la mano:
-Ese coronel, dando la mano, amigo. -Y no sólo me daban la mano, sino que me abrazaban y me besaban, con sus bocas sucias, babosas, alcohólicas, pintadas.”

Una excursión a los indios ranqueles, cap. XXV

Este cronista viajero tiene un impulso catalogador, transcriptor, para el cual sostiene la distancia del observador etnógrafo pero también un deseo de contacto que lo lleva a experimentar aquello para lo que no tiene –todavía– descripción o sentido y que implica dejarse atravesar por el flujo de los estímulos que le propone el viaje. Como plantea Le Breton:

La experiencia del etnólogo o del viajero a menudo es la del extrañamiento de sus sentidos, resulta enfrentado a sabores inesperados, a olores, músicas, ritmos, sonidos, contactos, a empleos de la mirada que trastornan sus antiguas rutinas y le enseñan a sentir de otra manera su relación con el mundo y con los demás. (2007: 16)

Hablábamos del yo como garante del relato, de esa referencia al haber estado allí que apela directamente a la experiencia vital y que asume la presencia intensa de lo sensorial en descripción y narración. Haber estado, haber olido, haber tocado, haber comido, haber dormido, haber sufrido, haber soñado, haber amado. Y todas las versiones de esos verbos en sus versiones pasivas. Haber sido olido, tocado, comido (o casi), soñado, amado. Estar allí como productor de relato, experimentar que no es lo mismo que saber o conocer y eso implica producir un texto con interrogantes, un texto que se permite exponer las razones del otro y, en algunos momentos, dudar.

Hay dos situaciones que cifran el arco que va de una a otra posición, de la distancia necesaria para escuchar y transcribir, al máximo contacto en el que lo visual y auditivo ceden su preponderancia a la dimensión táctil. En el capítulo XXI (fundamental para la comprensión de los intercambios diplomáticos a los que es sometido el visitante) se ensaya un manual sociolingüístico que clasifica los modos de la conversación ranquel en familiar, parlamento y junta e intenta explicar el tono, el compás e incluso el sonido de ciertos vocablos y su modo de pronunciación. En el capítulo XXX “La orgía ranquel”, paradigmáticamente, pero también en cada uno de los acercamientos en los que Mansilla “topa” con las diversas comitivas de recepción y en el largo ceremonial de apretones y saludos del capítulo XXV que citamos más arriba, la distancia entre los cuerpos se suspende proponiendo una inversión en la que el sujeto de la observación es ahora el narrador. El yo que narra se expone a la mirada del otro y a ser tocado hasta el riesgo de perder conciencia de sí. En el momento del riesgo más intenso durante la orgía, cuando el cuerpo se expone al contacto máximo, el narrador salta a la historia incluida de Miguelito que dura cuatro capítulos. Al volver a la escena, el coronel Mansilla aparece en otro tipo de fogón, el fogón de descanso después de la fiesta. Los cuerpos juntos y la memoria aturdida. La elipsis que genera el paréntesis del cuento de Miguelito sugiere la contaminación del cuerpo pero lo salva.

Julio Schwartzman (2002) propone observar esta digresión como la posibilidad de cortar el riesgo, por un lado, y por otro, exponer la historia de un gaucho hablando por y de sí mismo en un gesto que sale de la narrativa expedicionaria e ingresa (anticipadamente) en la gauchesca.

7. Charlas en (desde) la frontera

El texto empieza como una charla (escrita) con Santiago Arcos, en su forma epistolar.¹⁵ Observemos el tono de esa escritura: una carta que imposta fuertemente la situación de encuentro de una charla entre amigos. Podríamos pensar cómo se tensiona lo público y lo íntimo (o más privado) en este arco de variaciones de conversación. En el capítulo IV se dice que si en lugar de “estar conversando públicamente” con el amigo estuviera haciéndolo “en reserva” no se detendría en muchos detalles. Lo hace porque el público ignora muchas cosas. Entonces se trata de una conversación pública mediada por la carta y por el periódico, ese carácter implica una audiencia; luego propone una escritura útil, es en

¹⁵ Véase Amante (2010) y Ramos (1996) para la cuestión de lo epistolar como marco y sutura entre espacios discontinuos.

el no saber en lo que justifica extenderse en “cosas de la tierra”. Y lo explica en el deseo de novedad (moderna y europea) que tiene el lector de periódicos.

En un texto donde las voces son protagonistas, vamos a prestar atención a las situaciones de conversación en las que aparecen. Y en qué espacios. Vamos a dejar de lado, en este artículo, a las escenas de conversación diplomáticas (parlamentos y juntas) para ocuparnos de espacios y modos de la conversación más íntima o amistosa. Más cerca de “la charla” para pasar el rato, para sentirse acompañado, para entretenerse. El fogón, entonces, diseña un espacio privilegiado, un círculo bárbaro (Viñas 1996), para la emergencia de relatos y voces. Sentarse a la mesa, podríamos decir, es otro espacio-tiempo que propicia la conversación y que, en el caso del club, cierra ese otro diseño al que Viñas llamó “círculo civilizado”.

Ya lo he dicho: el fogón es la tribuna democrática de nuestro ejército. El fogón argentino no es como el fogón de otras naciones. Es un fogón esencial (...) Una voz murmuró, como para que yo la oyera: -Si contara algún cuento el Coronel. Era mi asistente Calixto Oyarzábal, de quien le hablé en una de mis anteriores; buen muchacho (...)

¡Sí, sí! – dijeron los franciscanos al oírle los oficiales y demás adláteres-, ¡que cuente un cuento el Coronel! Me hice rogar y cedí. Es costumbre que los hombres tomamos de las mujeres. ¿Y sabes Santiago que cuento conté? Uno de los tuyos.

El del arriero. Vamos ¿a que te has olvidado?. Voy a contártelo a tres mil leguas. El respetable público que asiste a este coloquio me dispensará. (...) Ya somos puras orejas, empiece usted a contar. Tomé la palabra y hable así. (*Ranqueles*, Cap. XII)

El fogón plantea un diseño proxémico en el que los que van a llevar adelante el diálogo ocupan posiciones en un diagrama circular. Aunque no implica que no haya un control, sí sugiere al menos la posibilidad de suspensión momentánea de las jerarquías como algo más sencillo que en otras circunstancias por lo que implica ese esquema en términos de posibilidades en la toma de la palabra. Los cuerpos se acercan unos a otros, por miedo, por disfrute, para estar juntos, por jerarquía, para combatir el frío, para pasar la noche. (Tal vez el fogón junto al que despierta Mansilla luego de la orgía ranquel sea uno de los momentos en que vemos la posibilidad de contacto más fuerte) La intimidad del fogón evidencia la presencia de sentidos como el olfato por ejemplo y la comunión sonora. Ser todo “orejas” como el compañero asistente de Mansilla promete al escuchar a su jefe en el fogón sugiere la utopía de la percepción total. Un órgano sensorial sin filtro, que captura todo, y al que todo penetra. Ya no se trata de la proximidad impuesta de las ciudades modernizantes si no de una intimidad hermanada a la intemperie.¹⁶

En el fogón emergen cuentos que relata Mansilla, cuentos que relatan otros personajes y relatos de vida o de experiencias, de sus soldados, de indios y de gauchos (algunos cautivos, otros no). En el caso de algunos círculos que comparten cristianos y ranqueles hay que agregar a estos relatos el brindis, como otra forma codificada de encuentro oral alrededor del fogón en tanto género discursivo primario que, si bien no es el relato de un cuento, y tampoco una charla, es un tipo de diálogo pautado que nos ofrece la

¹⁶ Claudia Torre (2010) caracteriza estas situaciones de vivac militar en términos de camaradería y utiliza la noción de “cuento de milico” que bien puede funcionar para muchos de los cuentos que se dicen y oyen al borde de los fogones narrados en *Ranqueles*.

posibilidad de escuchar voces y ver movimientos de los cuerpos. Me estoy refiriendo por supuesto a esos capítulos fascinantes en los que Mansilla participa de la orgía ranquel.

Y en términos extradiegéticos, podríamos decir que publicar las entregas del texto es, en la apuesta de Mansilla y en su explícita posición escrita, proponer una conversación con los lectores. El espacio sería la prensa. “El lector, atraído por un *ethos* envolvente e invisible, no sólo alcanza a descifrar los contenidos sino que está “físicamente” implicado, a través de la voz del garante, en el mundo del discurso.” La proximidad del lector incorpora ese mundo, según Maingueneau, al “hacer cuerpo” la voz del texto.

Tal como leemos en *Ranqueles*, no siempre el fogón es espacio de divertimento. Es, en primer lugar, un tiempo-lugar de descanso necesario en el que parar el avance y reponer energías. Estamos hablando de una situación social, de un momento de encuentro mínimamente pautado, con sus ritos (el mate), sus comidas (el asado, el puchero) y sus expectativas comunicacionales. Hay fogones más charlados que otros. Pero siempre hay fuego, siempre hay encuentro y siempre hay detención. Esta noción es fundamental en el texto que estamos leyendo. E implica, por un lado, que se frena el avance sobre un territorio, y que ese hiato también se produce en el relato que da cuenta de ese avance. ¿Cómo se sostiene el relato de una excursión (viaje) sin prácticamente producirse avance? ¿Cómo sostener la lectura del folletín sin relato? Nunca deja de haber pequeñas historias. De hecho, el texto se abre al cuento cuando frena la marcha. Juega con la demora y el desvío, se aleja un tanto del rumbo y resplandece la digresión. Y mientras la pérdida de tiempo es un problema para el viaje no lo es para el texto. Iglesia señaló la posibilidad de salirse del curso y caerse en el guadal como una metáfora procedimental de la digresión y el goce en la detención.

El fogón es la delicia del pobre soldado, después de la fatiga. Alrededor de sus resplandores desaparecen las jerarquías militares. Jefes superiores y oficiales subalternos conversan fraternalmente y ríen a sus anchas. Y hasta los asistentes que cocinan el puchero y el asado, y los que ceban el mate, meten, de vez en cuando, su cuchara en la charla general, apoyando o contradiciendo alguna agudeza o alguna patochada. (*Ranqueles*, Cap. V)

Habitualmente estos espacios de conversación que elige Mansilla están relacionados con el consumo de comida o bebida. Podríamos llamarlos “espacios nutritivos”, en los que se combinan la satisfacción de un placer y una necesidad. La comida es excusa, experimento y experiencia de viaje y un tópico habitual en la escritura del autor. Habitualmente podemos leer analogías entre los modos de comer y el texto, o entre sus gustos para comer y la escritura/lectura.¹⁷ En el caso del fogón, es explícito: hasta los asistentes que cocinan el puchero y los que ceban mate “meten de vez en cuando la cuchara en la charla”. La fórmula se repite a nivel de la fábula: en la pausa para comer se arma el círculo del fogón y surge la aparición de un personaje al que vale la pena estudiar y escuchar. Podemos imaginarnos esas voces que van agregando detalles, cambiando cosas y que el narrador ha incorporado en su relato. La situación del fogón exhibe la experimentación de una escritura que pretende emular una situación de intercambio oral y permite observar en el texto una síntesis perfecta de la ficción superpuesta de auditorios, el

¹⁷ Véase Pauls, 1984.

destinatario explícito de las cartas y el público lector del periódico. Esta multiplicación de audiencias está vinculada con la noción de espectáculo que maneja tan bien Mansilla para la que presta su cuerpo y su palabra con el fin de entretener.

Las cabalgaduras se dieron allí una buena panzada, que no se les indigestó. ¡Ojalá que a ti y al lector le sucediera lo mismo con el cuento del cabo Gómez! Si sucediese lo contrario, me vería en el caso de suprimir otros que deben venir a su tiempo. (*Ranqueles*, Cap. IX)

Entre mate y mate cada cual cuenta una historia y Mansilla cuenta la propia. Se hace una parada que es cambio en la narración y alto en el avance. Se olvida la preocupación del trabajo y se hace espacio para los cuentos. “Yo conté la mía y un cabo Gomez... Tiene algo de fantástico y maravilloso” propone el narrador al comenzar las varias cartas que tratan la historia del cabo Gomez. Por un lado abre la historia a lo extraño, al gusto por lo que no tiene explicación y, por otro conserva a los lectores interesados, aun en la dilación. “Si no te aburres y no te urge llegar a Leubucó, mañana te la contaré”. Interesa registrar qué decisiones toma el escritor en relación a la lengua oída del protagonista de su cuento. En el caso del cabo Gomez, por ejemplo, el texto nos dice: “hablaba con la tonada guaraníca, mezclando, como es costumbre entre los correntinos y entre los paraguayos vulgares, la segunda y la tercera persona” ahora bien, ¿qué hace el texto con esta explicación?, ¿Cómo juega en el relato?

Es por la tonada, esta vez vuelta a poner en la letra escrita, que el cuento adquiere un nuevo giro extraño. De espaldas, cuando ya se ha fusilado a Gómez, Mansilla vuelve a escuchar su voz. Sería una segunda resurrección. Luego nos enteramos la procedencia de esa voz: era su hermana que, en sueños, presintió la muerte del cabo Gómez y se dispone a hacerle un velorio. El cuento permite ingresar elementos históricos: una postura crítica a ciertos aspectos de la Guerra del Paraguay, la cercanía entre paraguayos y correntinos, el valor y heroísmo aun en la precariedad del ejército. También exhibirá otra modalidad de las identidades ambiguas en relación a los géneros. Sandra Gasparini (2008) lee este cuento anómalo en su tránsito hacia el policial y el fantástico.

Considero que el cuento contribuye al clima enrarecido, la presentación del escenario anticipa una situación de peligro a través de la oscuridad. Hay elementos presentes en el cuento del Cabo Gómez que repiten otra situación relatada al comienzo de la travesía, cuando Mansilla se lleva al franciscano para contarle su propósito. En ese caso no aparece un cuento de fogón pero sí se anticipa el peligro al que se abre el viaje. Entonces, hay matrices literarias jugando también, además de las perspectivas militar, etnográfica y turística. En ese lugar oscuro “del que se cuentan las más extrañas fechorías”, así como en la memoria del relato oral del Cabo Gómez, Mansilla nos introduce en otro mundo, da lugar al miedo y a lo desconocido y, sobre todo, sostiene la incertidumbre en primera persona. El narrador que intenta ocupar el lugar del detective, interroga al sospechoso, tiene sus hipótesis y duda. El riesgo de cometer una injusticia se superpone al riesgo de aburrir y dormir a los lectores.

8. Cuéntame tu vida

-A comer -llamé.

Y sentándonos todos en rueda, comenzó el almuerzo, ocupando las visitas los asientos preferentes, que eran al lado de los franciscanos y de mí. (*Ranqueles*, Cap. XX)

En una nueva situación de fogón, después de comer, con una audiencia mixta de indios y soldados, Mansilla decide llamar al Cabo Mendoza para saber algo que pasó y que ha oído en rumores. “-Bueno, pues, cuéntame lo que te ha sucedido”, invita el narrador a la participación de la otra voz. Es esa predisposición a la escucha la que abre el espacio al relato. Es otra modulación del “cuéntame tu vida” que abría los capítulos dedicados al drama político-melodramático de Miguelito. Es la misma actitud con la que convoca a un “blanco” que anda con los indios y que se encuentran en el camino: “-Gracias, hijo -le contesté-, ¿para qué te has incomodado? Apéate, tomaremos un mate y me contarás tu vida.” Y así da comienzo a la historia de Crisóstomo.

En *Ranqueles* escuchando se aprende, como dijimos, es una de las vías privilegiadas de conocimiento del relato. Escuchar a la china Carmen, por ejemplo, que habla relativamente bien el castellano, le aporta las nociones generales sobre creencias y conductas ranquelinas funcionando como lo que hoy denominaríamos (en antropología o lingüística) un “informante”.

Aunque, como mencionábamos previamente, el fogón sugiere la suspensión de las jerarquías, encontramos ciertos momentos donde esa ilusión se detiene y vuelve a resurgir con fuerza la autoridad (o no) en la toma de la palabra. La escena de diálogo con Chañilao-Manuel Alfonso muestra el tono de una amenaza a la que Mansilla reacciona prohibiéndole la palabra argumentando que “este es mi fogón, aquí se dice lo que yo quiero”. En ese fogón el narrador se da cuenta de que hay espías entre los ranqueles y que su compadrazgo con Baigorrita trae problemas. Restablece los derechos o no a la palabra y vuelve a diseminar la heterogeneidad de su propio yo.

-Y este fogón es mío -le agregué, como diciéndole: "No quiero que en él se hablen cosas que no me gustan".

-¿Y usted quién es? -repuso, jugando siempre con el rebenque y fijando la vista en el fogón.

-Averigüe -le contesté. (*Ranqueles*, Cap. LII)

Otro modo de la pregunta por la identidad está ligado a la intriga diplomática. En la visita que Mansilla hace al toledo de Baigorrita, se encuentra con dos desconocidos a los que se ponen a interrogar. Uno de ellos termina siendo cristiano, “el hijo del mayor Colchao” que había peleado con el Chacho, al otro no lo conoce nadie. Allí la necesidad de saber tiene que ver con el miedo al espionaje, a la pregunta por su procedencia. “Averigüenle la vida” ordena el coronel Mansilla y así se entera que es espía de Calfucurá. Algunos capítulos después, Mansilla se acerca a un fogón del que no forma parte a escuchar, como metido, a quien habla: espía de Calfucurá está contando su vida. Es un blanco que ha formado parte de varias de las guerras internas. Era de Buenos Aires y conoció al coronel Murga, amigo de la infancia de Lucio que cuenta anécdotas de la niñez. Entonces Mansilla se anima, ingresa a la ronda y le pregunta por su nombre:

-¿Cómo te llamas?

- Uchaimañé (ojos grandes).
- Te pregunto tu nombre de cristiano.
- Se me ha olvidado.

Cuando hablamos del “yo” de Mansilla y las perspectivas que asumía su discurso veíamos que no había una presentación homogénea, sino que el texto se animaba a mostrar posibles fisuras, dudas y contaminación de esa subjetividad. También observamos algunas identidades que se encuentra del otro lado de la frontera y podríamos aventurar que en este libro no hay purezas.

Y, aunque *Una excursión a los indios ranqueles* exhibe, describe y releva un mundo organizado y jerárquico en Tierra Adentro, hay también de ese otro lado un universo complejo y diverso donde conviven identidades, costumbres, lenguas y creencias diferentes. La subjetividad del espacio ranquel tampoco es homogénea.

El otro, aunque haya sido presentado inicialmente como un diferente-exótico, no es nunca un otro único o aislado. Todos los indios han negociado, por ejemplo, con el blanco en algún momento y tienen algún conocimiento “civilizado”.

El caso del lenguaraz Mora resulta ejemplificador: “Sólo estudiando con mucha atención su fisonomía se descubre que tiene sangre de indio en las venas. Su padre era indio araucano, su madre chilena. Vino mocito con aquél a las tolderías de los ranqueles, formando parte de una caravana de comerciantes y se enamoró de una china, se enredó con ella, le gustó la vida y se quedó agregado a la tribu de Ramón.”

9. De ambivalencias está hecho el texto

A pesar de que en el cierre de la negociación con los ranqueles, Mansilla expresa y defiende todos los intereses del gobierno de Buenos Aires y rebate las razones lógicas que le plantean Mariano Rosas y su gente, esas argumentaciones –las razones indias– quedan escritas con una claridad asombrosa en el texto y publicadas en la prensa de Buenos Aires. La queja de los indios en el último parlamento reclama la falta de cuidado, la invasión y la injusticia del acopio de sus tierras por parte del estado nacional.

La experiencia individual de Mansilla abrió el espacio textual a otros y dispuso esas voces alrededor del fuego y en la hoja del periódico pero también inscribió la práctica del comandante en un texto de carácter institucional, no literario, que puede leerse como el contrapunto oficial del folletín. La acción militar de la expedición terminó corriendo la frontera hacia el Río Quinto y entregando un mapa de instrucciones para atravesar ese terreno ahora conocido y llegar a esos otros “indios argentinos”.

Podríamos pensar que la excursión es “el resto”, lo que queda, pero no en el sentido de residuo sino de exceso. Lo que se salió del camino esperado. *El informe Arredondo* y el *Cuadro completo del estado de los Toldos* son el otro texto, como diría Viñas, el revés de la trama del placer de un yo que se ofrece a sí mismo al contacto ranquel. Son el producto que ofrece la tecnología necesaria para aplicar ya no un pacto pacífico sino una resolución violenta para “el problema del indio”. Conocer el terreno del otro, mapearlo, ponerle nuevos nombres, y describir las conductas del que se presupone aliado –pero mañana puede ser enemigo– también son discursividades presentes en la escritura de esta experiencia.

Bibliografía

- AA.VV. (2007): “Dossier sobre Lucio V. Mansilla”. En: *Las ranas. Artes, ensayo y traducción*, número 4, invierno-primavera. Buenos Aires.
- AA.VV. (1997): “Todo prohibido, menos hablar”. En: Lucio V. Mansilla, *Mosaico. Nuevas charlas inéditas*. Buenos Aires: Biblos.
- Certeau, Michel de (1996) [1980]: *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: ITESO/UIA/CFEMCA.
- De Man, Paul (1991): “La autobiografía como desfiguración”. En Loureiro, Ángel G. (comp.), *La autobiografía y sus problemas teóricos*, Suplementos Anthropos n° 29. Barcelona: Editorial Anthropos.
- de Mendonça, Inés (en prensa): “Y ese coronel Mansilla ¿quién es?”. En Hernán Biscayart (comp.), *Políticas y poéticas de la travesía*. Buenos Aires: NJ editor.
- Fernández Bravo, Álvaro (1999): *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana-Universidad de San Andrés.
- Gasparini, Sandra (2008): “Cuento de Fogón desde Tierra Adentro. Umbrales de los géneros en Una excursión a los indios ranqueles”. En Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera (compiladoras), *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina* Rosario: Beatriz Viterbo.
- Iglesia, Cristina (2003a): “El placer de los viajes”. *La violencia del azar*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- -----, Cristina (2003b): “La ley de la frontera. Biografías de pasaje en el Facundo de Sarmiento”. *La violencia del azar*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- -----, Cristina (2003c): “Mansilla, la aventura del relato”, en Julio Schvartzman, *La lucha de los lenguajes*, volumen II de la Historia crítica de la literatura argentina, dirigida por Noé Jitrik. Buenos Aires: Emecé.
- Lucio V. Mansilla (1894): “Sarmiento”, *Retratos y recuerdos*. Buenos Aires: Coni.
- Maingueneau, Dominique (1996): “La palabra hablada”. Versión: “El ethos y la voz de lo escrito”, *Estudios de Comunicación Política*, N° 6: <http://www.xoc.uam.mx/uam/divisiones/csh/dec/79.htm>
- Molloy, Sylvia (1980): “Imagen de Mansilla”, en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (compiladores), *La Argentina del ochenta al centenario*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ----- (1996): “Santuarios y laberintos: los sitios de la memoria”. *Acto de presencia*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Ong, Walter (1993): “Lo impreso, el espacio y lo concluido”. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Piglia, Ricardo (1980): “Notas sobre Facundo”. En *Punto de vista III*, 8, marzo-junio. Buenos Aires.
- Pauls, Alan (2007) [1984]: “Una causa perdida”. En *Las Ranas. Artes, Ensayo y Traducción* 4, invierno-primavera. Buenos Aires, pp. 4-14.
- Prieto, Adolfo (1982): *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

-
- -----, Adolfo (1988): *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
 - -----, Adolfo (2003) [1996]: *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
 - Ramos, Julio (1996): “Entre otros: Una excursión a los indios ranqueles de Lucio V. Mansilla”. *Paradojas de la letra*. Caracas: eXcultura.
 - Schwartzman, Julio (2002): “Lucio V. Mansilla y la orgía ranquel”. En: *América. Cahiers du CRICCAL* 28, La fête en Amérique latine, II. Paris.
 - Stern, Mirta E. (1985): “Una excursión a los indios ranqueles: espacio textual y ficción topográfica”. En *Filología XX*. Buenos Aires.
 - Torre, Claudia (2010): *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*. Buenos Aires: Prometeo.
 - Van Den Abeele, Georges (1992): *Travel as Metaphor*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
 - Viñas, David (2003) [1982]: “Mansilla, arquetipo del gentleman-militar (1870)”. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
 - -----, David (1964): “El viaje consumidor” y “Mansilla: clase social, público y clientela”. *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez, pp. 40-46 y 167-216.